

Y todos, pasando, felicitaban al mono que les había vengado, y el monstruo, abriendo una gola más honda que la puerta del infierno, rompía á reir.

Por primera vez en su vida pasó Buffalmacco una mala noche.



*A Hugues Rebell.*

## VI

### LA DAMA DE VERONA

*Puella autem moriens dixit: «Satanas tradidit tibi corpus meum cum anima mea.» (Quadragesimale opus acclamatum Parisiis in ecclesia S<sup>ti</sup> Johannis in Gravina per venerabilem patrem Sacrae scripturae interpretem eximium Ol. Maillardum. 1511.)*

*Esto fué encontrado por el R. P. Adonis Doni, en los archivos del convento de la Santa-Croce, en Verona.*

La señora Eletta de Verona era tan maravillosamente bella y bien formada, que los clérigos de la ciudad, conocedores de la historia y de la fábula, llamaban á su señora madre Latona, Leda y Semelé, dando así á entender que su fruto había sido engendrado en ella por un dios Júpiter mejor que por algún hombre mortal, como eran el marido y los amantes de la susodicha dama. Pero los más prudentes, sobre todo fra Bautista, que

me precedió como guardián del convento de la Santa-Croce, estimaba que tal belleza de la carne revelaba el trabajo del diablo, que es un gran artista, en el sentido que le daba Nerón, emperador de los romanos, cuando dijo al expirar: «¡Qué gran artista pierde el mundo!» Y no puede negarse que el enemigo de Dios, Satanás, hábil en trabajar los metales, sobresale también en la obra de la carne. Yo que os hablo, gran conocedor del mundo, yo he visto muchas veces campanas é imágenes de hombres forjadas por el enemigo del género humano. El artífice es admirable. Igualmente tuve noticia de niños que el diablo hizo á las mujeres; pero en este punto mi lengua está ligada por el secreto de la confesión. Me limitaré, pues, á decir que se han sembrado extrañas especies sobre el nacimiento de la señora Eletta. Vi por primera vez á esta dama en la plaza de Verona, el Viernes Santo del año 1320, cuando acababa de cumplir los catorce de edad. Luego la he visto en los paseos é iglesias que frecuentan las damas. Era semejante á una pintura hecha por un excelente artista.

Tenía rizados cabellos de oro, blanca la frente, ojos de color que sólo se ve en la piedra preciosa llamada aguamarina, las mejillas de rosa, recta y fina la nariz. La boca imitaba al arco del Amor, y hería sonriendo; la barbilla era tan risueña como la boca. Todo el cuerpo de la señora Eletta

estaba formado para excitar el deseo de los amantes. Sus senos no eran muy voluminosos; pero hinchaban el camisolín con dos plenas y dulcísimas redondeces gemelas. Tanto por mi carácter sagrado como porque sólo la he visto ataviada con sus ropas de calle, no os describiré las otras partes de su cuerpo, aunque todas anunciaban su excelencia al través de las telas que las celaban. Solamente os diré que encontrándose en la iglesia de San Zenón, no podía indicar un movimiento, sea para levantarse, sea para arrodillarse ó para inclinar la frente al suelo, como debe de hacerse en el momento de alzar el Sagrado Cuerpo de Jesucristo, sin inspirar inmediatamente en los hombres que la contemplaban un ardiente deseo de aprisionarla entre sus brazos.

Pues bien; la señora Eletta se casó hacia los quince años con messer Antonio Tortola, abogado, hombre de mucho saber, de gran reputación y rico; pero ya de edad proveya, y tan pesado y disforme, que al verle llevar sus escrituras en un gran saco de cuero, no podía distinguirse cuál saco llevaba al otro.

Era lamentable el pensar que, por virtud del sacramento del matrimonio, que se ha instituído entre los hombres para su gloria y salud eternas, la más bella dama de Verona se acostaba con un hombre tan viejo, enfermo y ruinoso. Y la gente de juicio vió con más dolor que sorpresa que,

aprovechándose de la libertad que le dejaba su marido, ocupado toda la noche en resolver dificultades tocantes á lo justo y á lo injusto, la joven esposa de messer Antonio Tortola recibía en su lecho á los más hermosos caballeros de la ciudad. Pero su contento provenía más de ella misma que de ellos. Ella se amaba y no los amaba. Jamás gozó sino de su propia carne. En sí misma llevaba su deseo, su dicha y su lisonja. Por lo cual me parece que el pecado de la carne se agravaba en ella. Pues, aunque este pecado nos separe de Dios, lo que hace concebir suficientemente su gravedad, conviene decir que los pecadores carnales son mirados en este mundo y en el otro por el Soberano Juez con menos cólera que los avaros, los traidores, los homicidas y los malvados que han traficado con las cosas santas, pues los malos deseos experimentados por los hombres sensuales, procediendo de otro no de ellos mismos, parecen ser los restos degradados del amor verdadero y de la caridad.

Pero nada de esto se traslucía en los adulterios de la señora Eletta, que, en todos sus amores, sólo á ella se amaba. Por esto estaba más separada de Dios que tantas otras mujeres que no resistieron á sus deseos. Pero tales deseos se cifraban en otro. Y los de la señora Eletta tenían su principio y fin en ella misma. Digo esto para que mejor se comprenda el resto de la narración.

A la edad de veinte años cayó enferma y se sintió morir. Entonces lloró por su hermoso cuerpo con profunda piedad. Ordenó que sus doncellas la adornasen con sus más ricos atavíos, y, mirándose en un espejo, se acarició con ambas manos sus pechos y caderas para gozar por última vez de sus propios encantos. Y no permitiendo que este cuerpo, de ella tan adorado, fuese comido por los gusanos en la húmeda tierra, dijo al expirar, exhalando un gran suspiro de fe y de esperanza:

—Satanás, bien amado Satanás, recibe mi alma y mi cuerpo; Satanás, mi dulce Satanás, escucha mi súplica: recibe mi cuerpo con mi alma.

Según costumbre, se la transportó á San Zenón, con el rostro descubierto; y no hay memoria de haber visto una muerta más bella. Mientras que los sacerdotes cantaban á su alrededor el oficio de difuntos, parecía pasmada en brazos de un invisible amante. Terminada la ceremonia, el féretro de la señora Eletta, cuidadosamente sellado, se depositó en tierra santa, entre las tumbas que circundaban la iglesia de San Zenón, muchas de las cuales son antiguos sarcófagos. Pero á la mañana siguiente apareció removida la tierra que se había echado sobre la muerta, y se vió el féretro abierto y vacío.

